



LECTURA
SEMANAL
POPULAR

10
Cents.

ORTEGA y FRIAS

HONOR DE ESPOSA CORAZÓN DE MADRE

LECTURA

AÑO 1 SEMANAL PRE-
NÚM. 24 CIO:

13 ABRIL POPULAR 10
CTE.

Periódico semanal que publica los martes la EDITORIAL
«SATURNINO CALLEJAS», S. A. Administración, cierre y
talleres: San Sebastián. Administración, correspondencia y sus-
cripciones: Madrid, Calle de Valencia, 28 - Apartado 447.

SUSCRICIÓN: Año: 5 Ptas., seis meses: 2,50 Ptas.

EN PUBLICACIÓN

HONOR DE ESPOSA Y CORAZÓN DE MADRE *por Ramón Ortega y Frías*

Personajes y resumen de lo publicado anteriormente:

Margarita de Solís se enamora de don Juan de Monzón, que por motivo de un duelo marcha a París. En ese tiempo la obligan a casar con el conde de Rocanegra, que tiene que ir a Méjico dejando un hijo: Leandro Sandoval. Llegan noticias falsas de su muerte. Regresa Rocanegra cuando Margarita y don Juan tienen un hijo que es entregado a una humilde mujer, y del que, ni Mon-

(Continúa en la penúltima página).

—¿Acaso sois hijo del señor de Guevara ?—repuso don Juan, que empezaba a desaturdirse.

—Tengo ese honor y esa dicha.

Una mirada penetrante y escudriñadora fijó don Juan en el mancebo, y mientras entraba repuso:

—Entonces, yo estaba en un error, pues me habían dicho que no era la vida, sino una protección generosa la que debíais a don Godofredo; pero vos lo aseguráis, y como vuestro rostro dice que sois incapaz de mentir...

—¡Subid!—interrumpió el mancebo para no verse obligado a continuar aquella conversación.

Y subieron, encontrando al señor de Guevara que acababa de vestirse, y que, al ver al padre de Querubín, le reconoció, y exclamó:

—¡Vive el cielo! ¿Quién había de creer que erais vos, señor don Juan? Sentaos, descansad y explicaos luego, que tendré mucho gusto en escucharos. Mi situación la conocéis, y, por consiguiente, no os sorprenderá la pobreza de mi morada. Así vienen los tiempos, y así es menester tomarlos: lo cual no significa que yo renuncie para siempre a recobrar mi antigua posición. De todas maneras, y a Dios gracias, Guevara me llamo siempre, y para estar honrado me sobra con este ilustre nombre que sin mancha me legaron mis abuelos y conservo sin mancha.

—No tengo el derecho de decir que soy vuestro amigo; pero...

—¡Fuego de Satanás! Muy mucho me honraría con vuestra amistad; pero eso nada tiene que ver para que con la mejor gana del mundo yo me ponga a vuestra disposición, si es que en algo puedo seros útil.

—Sí; en vuestra mano está hacerme el más señalado favor, el mayor de los beneficios.

—¡Yo!—dijo con extrañeza el buen hidalgo.

—Y como tenéis un gran corazón...

—Os agradezco la justicia que a mis sentimientos hacéis.

—No he vacilado, y sin aguardar a mañana...

—Señor don Juan, la mayor de las ofensas me hubieseis inferido al suponer que podía desagradarme interrumpir el sueño y dejar la cama cuando era menester hacer un beneficio.

—Por eso no me he detenido ante ninguna consideración.

—Hablad, caballero, que el sueño ya lo sacudí; estoy despejado y dispuesto a todo.

—Sí, me explicaré...

—¿Se trata de algún lance de honor?

—Nada de eso.

—¿Alguna obra de caridad?

—Y muy grande.

—Soy pobre, como ya lo sabéis; pero de tantas maneras puede socorrerse al prójimo...

—Perdonad; pero los instantes son preciosos para mí.

—Callo y escucho.

—El caso es que...

—Decid,

—Es tan reservado el asunto...

—Nadie nos escucha más que mi hijo, en cuya discreción podéis fiar ciegamente.

—¡Libreme Dios de ofenderle!

—No tengo secretos para él.

—Pero por razones especiales...

—Caballero—dijo Querubín—, en estos momentos mi primera obligación es respetar vuestra reserva.

—Y mañana vos mismo me daréis la razón.

Salió Querubín, y probando cada vez más la delicadeza de sus sentimientos, retiróse a su dormitorio, sin ocurrírsele que podía escuchar la conversación.

—Ya estáis complacido—dijo el señor de Guevara, cuyo semblante empezó a cambiar de expresión.

—¿Quién es esa criatura que acaba de salir?

—¡Mi hijo; ya lo sabéis!

—¡No; eso no es verdad!

—¡Señor de Monzón!

—¡Ese mancebo no es vuestro hijo!

—¡Vive el cielo! ¿Y qué tiene que ver Querubín con el asunto que hemos de tratar?

—Escuchadme y lo sabréis.

—Sí, ya escucho.

—Hace diecisiete años, y en el piso bajo de esta casa, vivía una pobre mujer, muy honrada, viuda...

—Es verdad.

—Una noche llamaron; ella abrió sorprendida.

—¡Rayos!...

—¿Qué os sucede?

—Vais a referir una historia...

—Que conocéis muy bien; ¿no es verdad?

—Permitidme que no os responda terminantemente.

—A la honradez de la pobre viuda fue confiado un niño...

—¡Mil truenos! ¿Y qué me importa?—replicó el señor de Guevara, que empezó a sentirse aturdido.

—Aquella mujer murió, y el niño que estaba a su cuidado...

—¡Nadie ha sabido más de él!

—Vos le amparasteis, caballero; vos habéis sido para la desamparada criatura el más cariñoso de los padres. ¡Ah! ¿Por qué habéis de negarlo?

Miró el señor de Guevara a don Juan, luego se puso en pie, y fue y vino en todas direcciones mientras pronunciaba palabras que no podían entenderse.

Pálido estaba el rostro del señor de Monzón; pero no

menos pálido estaba el del generoso protector de Querubín.

Como todo aquello había sucedido tan de repente, se aturdió con la sorpresa, y no acertaba a discurrir ni a responder.

Impacientábase entretanto don Juan, que tenía que hacer supremos esfuerzos para no perder la calma. Por fin, el señor de Guevara se detuvo y dijo:

—¡No lo entiendo!

—¿Qué es lo que no entendéis?

—Me habláis de esa antigua historia...

—Que me interesa mucho.

—¿Por qué?

—La persona que entregó a la viuda el niño...

—¿Fuisteis vos?

—Sí.

—¿Y acaso vos?...

—Soy el padre de la criatura.

—¡Don Juan!

—Si es vuestro hijo, decid dónde le habéis bautizado, cuándo nació, quién fue su madre...

—¡Rayos y truenos! ¿Y vos podéis decir todo eso?

—Y probarlo.

—¿Vos padre de Querubín?

—¿Lo dudáis?

—¡Ah!—exclamó el señor de Guevara con desaliento.

Y como si perdiera en un instante todas sus fuerzas, se dejó caer pesadamente en una silla.

—¡Acabemos, acabemos!—dijo el señor de Monzón.

Un penoso suspiro fue la respuesta del buen hidalgo.

Sufría mucho, y no era menester más que mirarle para comprenderlo así.

—Sí—añadió don Juan—; tenéis un gran corazón, un alma noble, como no hay quizá ninguna, y no he de ser yo quien ese corazón destroce. Quiero dar a mi hijo el

nombre que tiene derecho a llevar; quiero que represente un gran papel; quiero que me llame padre, que me ame, pero sin que deje de amaros ni de veros un solo día, sin que deje de respetaros. ¿Qué vais a perder? Ganaréis mucho, porque tendréis la satisfacción de ver afortunado y dichoso a ese niño, que es objeto de vuestra ternura. No sois egoísta, señor de Guevara.

— ¡Por mi desgracia, no lo soy!

— Debéis alegraros.

— ¡Mil truenos! ¡Cuernos de Satanás! ¡Rayos y centellas! Estoy aturdido por primera vez en mi vida, y... ¡el diablo me lleve si puedo decir lo que me pasa! Tan de repente se me viene encima este suceso, que... Tenéis razón: debo alegrarme, y me alegro; mi trastorno es de júbilo. ¡Mil legiones! ¡No; Querubín no dejará de amarme! ¡Ah! Cuando conozcáis su situación...

— La conozco.

— ¡No puede ser!

— Su amor, las luchas que ha sostenido, sus relaciones con don Leandro de Sandoval, lo que ha sucedido en el convento de Santa Teresa, y...

— ¡Basta, basta!

— Todo lo sé con los más leves detalles.

— ¡Pues, señor, no lo entiendo!

— Sobre este punto no puedo daros explicaciones.

— ¿Sois amigo de don Leandro?

— No.

— ¿Y del comendador Saavedra?

— Sí; pero hace ya mucho tiempo que no le he visto.

— Pues como todos esos secretos no os los haya revelado la condesa de Rocanegra...

— Caballero, no os empeñéis en adivinar.

— ¡Concluyamos!

— Nada más puedo deciros.

— ¿Quién es la madre de Querubín?

—Vive; es una ilustre dama, y su reputación sella mis labios. Si conocierais su historia, os convenceríais de que la falta que cometió es excusable.

—No lo dudo; pero...

—Comprenderéis que no debo pronunciar su nombre.

—Pero Querubín ha de querer abrazar a su madre; siquiera, conocerla.

—Tendrá que resignarse: no será ésa la única nube que empañe el cielo de su dicha.

—¿Decís que es una dama ilustre ?

—Mucho.

—¿Y por qué no os casáis con ella ?

—¡Es imposible!

—Comprendo: el inconveniente es un marido...

—Todo es posible.

—¿Sabéis también que el comendador Saavedra conoce vuestro secreto ?

—También lo sé; y si el miserable no paga con la vida el abuso que está cometiendo, es porque me contiene el temor de que deshonne a la infeliz mujer a quien tanto amo.

—Esa misma consideración me ha contenido a mí también; que, a no ser así, ya le hubiera yo pedido cuentas de su ruin proceder.

—Sin perjuicio de presentaros pruebas incontestables para convencerlos de que soy padre de Querubín...

—Ya no lo dudo.

—Ocupémonos entretanto en hacerle dichoso.

—Me parece que sería cometer una imprudencia darle de repente la noticia.

—Preparad su ánimo.

—Pronto lo haré, porque está dotado de un espíritu fuerte.

—No quiero irme sin abrazar a Querubín.

—Voy a llamarle, y en vuestra presencia...

No pudo decir más el señor de Guevara, porque otra vez sonaron golpes dados en la puerta de la casa.

—¿Quién me busca a estas horas?

—¡Oh! ¡Nos interrumpen en estos momentos solemnes!

—Y es el caso que no puedo hacerme el sordo, porque si ha sobrevenido alguna nueva desgracia, si se ha complicado la intriga que ya conocéis...

Volvieron a llamar.

Querubín acudió para saber quién era, y su protector se asomó también a la ventana.

—¡Mucha pereza tenéis!—dijo Leandro, que era el que llamaba.

—¡Ah! ¿Vos por aquí?

—Y si queréis recibirme...

—¡Esperad un momento!—respondió Querubín.

—Ya lo veis—dijo entonces el señor de Guevara a don Juan—: es el hijo del conde. Algo muy grave debe de suceder para que a estas horas venga a buscarnos.

—Quizá pueda entenderse con él Querubín.

—Pero tendremos que esperar; y como no se me oculta vuestra impaciencia...

—Es mucha; pero me resignaré.

Querubín bajó y abrió.

—¿Y vuestro padre?—le preguntó Leandro.

—Tiene visita.

—¿A estas horas?

—Me ha sorprendido lo mismo que a vos, y mucho más porque no se trata de un amigo.

—Si no he de parecer indiscreto...

—Entrad, y me haréis compañía mientras concluye la conferencia, que puedo llamar misteriosa. Para vos no tenemos secretos, y desde luego os diré que la persona que ha venido es don Juan de Monzón.

—¿Monzón ? Es extraño, porque a nadie visita ; ni aun a los que fueron sus amigos más íntimos.

—Asegura que le trae un asunto de muchísima importancia, y tan reservado, que no ha querido explicarse en mi presencia.

—¡ Otro misterio !

—Estaba pálido como un difunto, parecía muy agitado, y... no acierto a explicar lo que revelaba su semblante.

Así hablaban mientras subían seguidos del criado.

Entraron los tres en el estrecho dormitorio de Querubín.

—Y vos también—dijo éste—estáis agitado como don Juan.

—¡ Oh !

—¿ Qué ha sucedido ?

—Nada de particular ; pero mi buena y desgraciada madre...

—¿ Qué ?

—¡ Siempre los misterios !

—Amigo mío...

—Hablemos de otra cosa, porque no he venido más que para distraerme con vuestra agradable conversación. Si vuestro padre no estuviese ocupado, os propondría salir para recorrer algunas calles, porque tengo necesidad de moverme ; y, además, si bien os parecía...

—Esperad, que el señor de Monzón no ha de tardar en irse.

—Esperaré.

Entablaron conversación sobre lo que tanto les interesaba ; es decir, que hablaron de María y de Consuelo, pues así debían pasar el tiempo insensiblemente.

Entretanto don Juan se impacientaba más y más, y buscaba pretextos para que el señor de Guevara pudiese despedir al hijo de la condesa.

¿Complicaría este incidente la situación ?
Pronto lo veremos.

CAPÍTULO LXXV

Cómo terminó la escena

Impacientábase cada momento más el señor de Monzón, y no era menor la impaciencia del señor de Guevara.

Querubín seguía muy tranquilamente la conversación con su amigo, y no sentía pasar el tiempo; ni era posible que lo sintiese, porque hablaba de María y de su amor.

Si el mancebo hubiera podido sospechar que tan cerca tenía a su padre, sin más consideraciones hubiera dejado con la palabra en la boca al amante de Consuelo.

Así pasaron quince minutos, que quince años, quince siglos debieron parecer a don Juan de Monzón: su ansiedad llegó a tal punto, que, sin poder ya dominarse, dijo:

— ¡ Señor de Guevara, concluyamos !

— ¿ Y qué puedo hacer ?

— Preciso es olvidarse de ciertas conveniencias, interrumpiendo la conversación que han entablado Querubín y su amigo, y, con más o menos disimulo, y pidiéndole perdón, hacer comprender a éste que debe irse.

— Aún no sé si también don Leandro aguarda con la misma impaciencia, pues es posible que algún nuevo suceso haya tenido lugar y venga a buscarnos para que le ayudemos a dominar algún conflicto.

— Todo puede arreglarse.

— Pues es lo que deseo.

— Salid, enteraos de lo que pasa, y así podéis con seguridad adoptar una resolución.

— Bien pensado me parece.

—Pues aquí os aguardo.

El señor de Guevara salió del aposento, yendo al en que estaban Querubín, Leandro y Perico.

No era posible, por muchos esfuerzos que hiciese, que el buen hidalgo disimulara su agitación.

—¡Dios os guarde!—le dijo Leandro alargándole la diestra.

—¿Qué sucede?—preguntó el señor de Guevara sin responder al saludo de su amigo.

—Nada de particular.

—Vuestra visita a estas horas...

—Estoy aburrido, porque motivos tengo para estarlo; y por si aun no dormís, he venido para distraerme con vuestra agradable conversación.

—Me tranquilizo.

—Ya sé que tenéis visita, y espero a que se vaya, porque he convenido con el señor Querubín en que después saldremos a dar un paseo y a cenar, si tenéis apetito.

—Es imposible, caballero.

—Entonces...

—¡Perdonad!...

Querubín había fijado una mirada escudriñadora en su protector, y adivinó que algo muy grave sucedía, convenciéndose más cuando le oyó decir que le era imposible aceptar el ofrecimiento de Leandro.

¿Qué clase de asunto trataba don Juan de Monzón?

Esto se preguntó Querubín.

Conocía todos los secretos del señor de Guevara, y no pudo, sin embargo, adivinar la verdad.

El señor de Guevara estaba pálido.

Su agitación era creciente.

Hablaba como quien tiene una idea fija que le preocupa, y todas estas circunstancias dieron mucho que pensar al mancebo.

Para Leandro tampoco pasó inadvertida aquella agitación.

El criado, que era demasiado listo, comprendió inmediatamente que la situación tenía algo y aun mucho de violenta, y probando una vez más que estaba dotado de inteligencia clarísima, se deslizó silenciosamente y salió del aposento, avanzando a tientas hasta llegar a la cocina, donde quedó inmóvil y esperando a que le llamasen. Más discreción no era posible pedirle; ni aun tanta debía esperarse de semejante persona.

Lo mismo el señor de Guevara que Leandro y Querubín, todos podían explicarse, sin temor de ser escuchados por quien no les conviniera que tuviese conocimiento del asunto.

Quería el mancebo a toda costa salir de dudas; pero, no atreviéndose a interpelar a su protector, le dijo:

—Todo se arreglará muy fácilmente.

—No lo dudo, porque cuento con la benevolencia de nuestro amigo don Leandro.

—Atended, como es justo y se merece, al muy noble don Juan de Monzón.

—Me es forzoso hacerlo así.

—Y nosotros saldremos.

El señor de Guevara, a pesar de todo su ingenio, no sabía cómo salir del apuro. Después de vacilar, faltándole ya la paciencia, y sin poder dominarse, replicó:

—Eso no puede ser.

—¿Por qué no?—preguntó el mancebo con extrañeza, mientras continuaba observando el semblante de su protector.

—Porque tienes que hacer aquí, porque has de ver a don Juan de Monzón, y... ¡Cien legiones! ¡Lo que no entiendo no puedo explicarlo! Estoy aturdido, porque esta noche han caído sobre mí cosas tales, que todavía dudo si estoy despierto. ¡Truenos y rayos! No te apures,

porque todo va bien, y la felicidad se nos mete por las puertas sin saber cómo y cuando menos la esperábamos.

Era imposible adivinar lo que significaban las extrañas palabras del buen hidalgo; pero el hijo de la condesa comprendió que su presencia era en aquellos momentos un estorbo, y poniéndose en pie, dijo:

—Os dejo para que terminéis vuestro asunto.

Entonces le pareció al señor de Cuevara que acababa de cometer una grosería, y, temeroso de que Leandro se ofendiera, exclamó:

—¡Mil truenos! ¿Por qué os vais? No os digo lo que pasa porque no lo entiendo; pero... en fin, esperad. ¡Está visto que para estas cosas soy completamente inútil! Me gustan las situaciones claras. ¡Tripas de Lucifer!

Y sin esperar a que Leandro respondiese, y más aturdido y confuso cada vez, corrió el señor de Guevara hasta el aposento donde estaba don Juan de Monzón, diciéndole:

—Lo declaro: no sé cómo arreglar este asunto. ¿He de echar a don Leandro de mi casa? ¡Por las uñas de Lucifer! ¡Y el caso es que no tengo paciencia para aguardar, y vos tampoco la tenéis!

Don Juan, que ya había reflexionado, respondió:

—Mañana ha de saber todo el mundo que soy padre de Querubín, puesto que le reconoceré pública y solemnemente, para que pueda hacer uso de mi nombre.

—Pero no se trata de lo que mañana ha de suceder.

—Si esto no ha de ser un secreto, ¿por qué hemos de ocultárselo a don Leandro de Sandoval?

—¡Vive el cielo! ¿Es posible que a tal punto haya llegado mi torpeza que no se me haya ocurrido discurrir así?

Sin detenerse un instante, el buen hidalgo se acercó a la puerta y gritó:

—¡Querubín, señor de Sandoval! ¡Pronto, venid! ¿Me habéis oído?

Los dos jóvenes acudieron.

Leandro no ignoraba que su madre y don Juan de Monzón se habían amado antes de que ella se casase; pero a esto no le había dado el amante de Consuelo ninguna importancia, como no se la daba nadie, ya por ser una historia demasiado antigua, ya porque creía que de aquella tierna afección no podía quedar más que algún débil recuerdo de los dos enamorados.

Don Juan y el hijo de la condesa se saludaron ceremoniosamente, como dos personas desconocidas.

La escena que principiaba entonces debía tener muchísima importancia, no por lo que se dijese, sino por lo que Leandro debía pensar.

—¡Querubín—dijo el señor de Guevara—; dame un abrazo!

El mancebo obedeció maquinalmente.

—Mañana podrás decirle al comendador Saavedra que para nada le necesitas, y que guarde su secreto.

—¡Padre mío!...

—Y podrás decirle también que tienes derecho a llevar un nombre ilustre, tan ilustre como el mío y más que el suyo.

Querubín palideció y miró ansiosamente a don Juan y al señor de Guevara.

Este prosiguió diciendo:

—Ya eres rico, y, además...

—¡Oh!

—Hemos averiguado quién es tu padre.

—¡Acabad, acabad!

—En estos momentos no puedo decirte...

—Caballero—exclamó Querubín dirigiéndose a don Juan de Monzón—, vos habéis traído esa noticia, y, además, en vuestros ojos se revela un...

—Yo...

—¡Sí; vos sois mi padre!

—¡Hijo mío!—exclamó don Juan.

Exhaló Querubín un grito de júbilo inmenso y cayó en los brazos que su padre le tendía.

—¡Su padre!—murmuró sordamente Leandro.

Nerviosa palidez cubrió su rostro.

Su mirada se fijó en don Juan con expresión indefinible.

Quedó el hijo de la condesa inmóvil, como si se hubiera petrificado.

¿Qué le sucedía?

¿Había adivinado la verdad?

No; pero la sospechaba: tenía ya un punto de partida para averiguar el misterio de la vida de su madre.

Lo que estaba sucediendo era para él un rayo de luz.

Si reunía antecedentes con alguna habilidad, si discurría con calma, haría deducciones, y hasta conseguiría encontrar pruebas.

En aquellos momentos le era imposible reflexionar, porque todas sus ideas eran confusas.

Su turbación no habían de notarla los otros, porque estaban muy preocupados.

El señor de Guevara empezó a recorrer en todas direcciones y con pasos desiguales el aposento.

Sus ojos se habían humedecido.

Sintióse medio ahogado.

Murmuraba palabras que no podían entenderse.

Entretanto, don Juan y Querubín se estrechaban y pronunciaban frases de inmensa ternura.

Algunas lágrimas habían brotado de sus ojos.

—¿Dónde está mi madre; dónde?—preguntaba muchas veces el mancebo.

Al oír esta pregunta estremecíase violentamente Lean-

dro, arrugábase su entrecejo, y se hacía más densa la palidez de su rostro.

La escena tenía que cambiar, porque era demasiado violenta la situación.

—¡Mi madre, mi madre!—repetía Querubín.

—¡Espera, hijo mío!—le respondía don Juan.

—¿Acaso ha muerto?

—Recobra la calma y deja que yo la recobre también.

—Pero...

—¡Te lo suplico!

—¡Oh!... ¡Quiero saber si mi madre vive!

—Ya lo sabrás; pero esta clase de explicaciones exigen algún sosiego, porque de otro modo sería imposible que me entendieras.

—Dice bien tu padre—añadió el señor de Guevara deteniéndose y tomando parte en la conversación.

—No podéis comprender cómo sufro horriblemente al mismo tiempo que gozo, cómo me considero desgraciado y feliz a la vez.

—Sí, todo eso lo comprendo perfectamente; pero, por lo mismo que es muy grave la situación, necesitamos más calma. ¡Sigue mi ejemplo!

—Ya estoy tranquilo.

—Siéntate.

—Dispuesto me tenéis a escuchar.

Mientras así hablaban, lentamente había ido retrocediendo el hijo de la condesa hasta quedar junto a la pared y casi enteramente oculto por la hoja de la puerta.

CAPÍTULO LXXVI

Leandro observa

Para que Leandro se fuese era menester que clara y terminantemente le mandaran salir, diciéndole que estorbaba; pero no había de suceder así, pues no pensaban

ya en él los otros, ni en su preocupación y trastorno podían pensar.

Inmóvil y mudo como una estatua permaneció Leandro.

Anhelaba el instante de las explicaciones que debía dar don Juan y, al mismo tiempo, aquellas explicaciones le infundían terror.

Lo mismo don Juan que su hijo y el señor de Guevara hicieron grandes esfuerzos, dominando en cuanto les fue posible su agitación.

Con tanta ternura como admiración contemplaba don Juan a su hijo, y exclamaba:

—¡Noche feliz! ¡Cuando yo creía que la dicha era un imposible para mí, la divina misericordia!...

—Padre mío—interrumpió Querubín—, ya veis que he recobrado la calma.

—Sí, tu espíritu es fuerte.

—Hablad de mi madre.

—¡Tu madre!

—¿Vive?

—Sí.

—¡Ah!... ¡Gracias, Dios mío!

—Pero es muy desgraciada; sufre como no ha sufrido ninguna criatura.

—Yo la consolaré; yo la haré dichosa con mi cariño, con mi respeto...

—¡Imposible!—dijo tristemente don Juan.

—¿Dónde está mi madre? ¡Quiero verla!

—Hijo mío, hace muchos años que sufro lo que no puedes concebir; pero me he resignado, porque la resignación es uno de los primeros deberes de la criatura.

—Yo también he sabido resignarme, y nadie puede decir que me ha oído exhalar una queja.

—No te forjes la ilusión de que han concluido tus sufrimientos.

—Ya sé que aun debo luchar mucho; pero me sobra el valor: cuento con las fuerzas de mi juventud, con las de mi voluntad...

—Esas palabras me tranquilizan.

—Cualquiera que sea la situación de mi madre...

—No puedes verla.

—¿Por qué?

—Sobre este punto me manda callar la prudencia.

—¡Eso es incomprensible!

—Hay secretos que no se deben revelar.

—Pero se trata de mi madre, y, por consiguiente...

—No invoques derechos que me obligarían a recordarte algunos deberes que es peligroso olvidar.

Estas palabras, aunque pronunciadas con dulzura, envolvían una reconvención que era muy amarga para el desdichado Querubín.

Empero, aunque no menos dolorosa para don Juan, tuvo que dirigirla al hijo adorado a quien había buscado tan afanosamente y acababa de encontrar.

—Sí—respondió tristemente el mancebo—, ya sé que mi primera obligación es respetaros; pero mi corazón filial...

—Eres, indudablemente, el fruto de una debilidad; pero si conocieras todas las circunstancias de ciertos sucesos, esa debilidad la encontrarías disculpable.

—¿Acaso teméis que acuse a mi desgraciada madre?

—No.

—Entonces...

—Declaro esto porque así lo exige la justicia, porque es la verdad.

—Comprendo que no deis a conocer al mundo el nombre de mi madre.

—Antes que hacerlo así me dejaría matar.

—Pero eso no es una razón para que yo me prive de la dicha de verla y abrazarla.

— ¡Es forzoso!

— Pero ¿por qué, por qué? —preguntó Querubín, que no se daba por vencido.

— Decirte el motivo sería equivalente a revelar el secreto que quiero guardar.

— Indudablemente —dijo entonces el señor de Guevara—, yo estoy de más aquí.

— ¡No, caballero!

— Sí; porque cuando nadie os escuche, podéis decir a Querubín quién es su madre.

— Estáis equivocado.

— Ese misterio...

— ¡No intentéis descubrirlo! —replicó don Juan con firmeza.

— ¿Se os oculta lo que debe de sufrir vuestro hijo?

— Lo comprendo demasiado bien.

— ¡Vive el cielo! ¡Los misterios nos persiguen, y mi paciencia se apura!

— Hijo mío —replicó el señor de Monzón—, no puedo decirte más sino que has nacido cerca de Madrid, que yo mismo te traje a esta casa, y que cuando pude buscarte, no te encontré. Sobre los inconvenientes y obstáculos que constantemente se oponían a mi voluntad, te daré explicaciones, pues no son un secreto para nadie; pero lo haré mañana, porque ahora todos debemos pensar únicamente en dar gracias a Dios por la protección que nos dispensa, y en descansar.

Creyó Leandro oportuno recordar que se encontraba allí y tomar parte en la conversación: dando algunos pasos y acercándose a sus amigos, les dijo:

— ¡Recibid mis felicitaciones!

— ¡Ah! —exclamaron los otros, como si se sorprendieran al ver al hijo de la condesa.

— ¿Os habíais olvidado de mí?

— Confieso que sí.

—Yo también.

—Y yo.

—No me ha parecido conveniente interrumpiros cuando desahogabais vuestro corazón. Señor Querubín, participo de vuestra alegría, y tengo la seguridad de que lo mismo ha de sucederle a mi buena madre cuando conozca vuestra dicha.

Estremeciéndose don Juan de Monzón al oír nombrar a la condesa.

—Os dejo—añadió Leandro.

—¿Y por qué os vais?

—Es tarde, y necesitáis reposo después de las emociones que habéis experimentado. Mañana nos veremos y hablaremos largamente de nuestros asuntos, en los que vos, señor de Monzón, habréis de tomar parte, puesto que se trata de la suerte de vuestro hijo.

—¡Sí, sí!

—Os deseo salud.

—¡Dios os guarde, caballero!

Leandro abrazó a Querubín, estrechó la diestra del señor de Guevara, saludó ceremoniosamente a don Juan, y salió.

—Esperad—dijo el hidalgo—: alumbraré y abriré la puerta.

Y tomando una de las luces, corrió tras su amigo.

En el pasillo les salió al encuentro el sirviente.

—Aún no he conseguido desaturdirme—decía don Godofredo mientras bajaban—. ¿Es verdad lo que sucede?
¿No estoy soñando?

—Estáis despierto, y lo que veis es una realidad.

—¡Vive Dios! ¡No puedo deciros si estoy triste o alegre! Encuentra Querubín a su padre; pero se separará de mí... ¡Rayos y truenos! ¿Cómo he de pasar la vida sin Querubín?

—Le veréis siempre que se os antoje.

--Pero eso no es igual a tenerlo a mi lado como ahora. ¡Cien legiones! ¡En fin, preciso es resignarse! He cumplido con mi deber; he hecho de Querubín un gran hombre, y su padre me debe más que la vida. ¿Quién había de creer que don Juan de Monzón era el hombre a quien he buscado con tanto afán? En cuanto a la madre de Querubín...

—¡No penséis en ello!

—¿Y por qué no he de pensar?

—Porque querer descubrir quién es, equivale a conocer la deshonra de una infeliz mujer; y un hombre de vuestros sentimientos...

—¡Tenéis razón! ¡Cuernos de Lucifer! ¡Me he vuelto estúpido, y no se me ocurren más que tonterías!

—Hasta mañana, mi buen amigo.

—Iré a buscaros.

—Como mejor os parezca.

—¿A qué hora me esperaréis?

—No saldré a ninguna antes de veros.

—Conmigo irá Querubín, y supongo que también su padre.

—Podéis decirle que me honrará con su visita.

—Es un cumplido caballero.

—Descansad, reflexionad...

—Para mañana ya estaré desaturdido.

Perico encendió la linterna.

Amo y criado salieron.

Cerró el señor de Guevara, subiendo otra vez para continuar la conversación con don Juan y Querubín.

El padre de éste, firme en su propósito, no debía dar más explicaciones y, por consiguiente, no nos interesa escucharle.

Seguiremos al hijo de la condesa.

CAPÍTULO LXXVII

Leandro da pruebas de que puede ser un hábil agente de policía

Con la cabeza inclinata sobre el pecho avanzó lentamente Leandro.

Meditaba sobre todo lo que acababa de ver, cavilaba, se empeñaba en adivinar lo que don Juan había callado.

Acordábase el joven de la alteración de su madre y de las demás extrañas circunstancias que observó el día que el conde quiso averiguar si en su casa estaba María y si su hijo había tomado parte en la intriga de la noche anterior.

Luego pensó en lo que pocas horas antes había hecho su madre, y, por último, cómo don Juan de Monzón se había presentado en la vivienda del señor de Guevara. ¿Adónde había ido la condesa aquella noche? Leandro se hizo esta pregunta cuando atravesaba la calle de Segovia.

—¿Por dónde?—dijo su criado, que iba delante con la luz.

—A Platerías.

Continuaron silenciosamente.

Diez minutos después se encontraban junto a la iglesia de San Miguel.

—¡Por aquí!—dijo Leandro.

Tomaron por la calle de Milaneses.

Llegaron a la de Santiago.

Leandro se detuvo frente a la casa de don Juan, contemplándola como si allí hubiera habitado Consuelo.

—¿Qué le sucede a mi noble señor?—decía para sí Perico—. Si estuviésemos en la costanilla, no me sorprendería lo que hace; pero aquí... ¿Quién vive en esta casa? ¡Mañana lo averiguaré!

Largo rato pasó.

Miraba el hijo de la condesa a uno y otro lado, como si quisiese medir el terreno.

Luego se dirigió hacia la costanilla, deteniéndose a cada paso y mirando atrás, a la derecha y a la izquierda.

Parecía que contaba los pasos.

Volvió a quedar inmóvil cuando llegó frente a la casa de Consuelo, y dijo para sí:

—¡Aquí aguardé! Aseguraba mi madre que no iba lejos, y la calle de Santiago está cerca. Poco después de haber vuelto mi madre debió de salir de su casa don Juan... ¡Oh! ¡Esto es horrible! ¡Pobre madre mía!

Hizo después muchas deducciones, que, desgraciadamente, eran acertadas; pero le faltaban pruebas.

Por espacio de media hora permaneció en aquel sitio.

—¡Vamos!—dijo al fin.

—¿Hacia dónde?—preguntó el criado.

—¡A casa!

Echó a andar Perico al mismo compás que antes; pero su señor le dijo:

—¡Aprisa, aprisa!

—¡Repito que no lo entiendo!—pensó el sirviente—. Antes apenas se movía, y ahora quiere correr. Algo significa todo esto, y algo que nada tiene que ver con la otra intriga.

Avanzando rápidamente, dejaron atrás calles y calles, Pronto llegaron a la del Barquillo.

Perico abrió la puerta de la casa, porque iba provisto de la llave.

Entraron.

Reinaba un silencio profundo en el interior del edificio.

Leandro se dirigió al único criado que había despierto, y le preguntó:

—¿Y la señora condesa, mi madre ?

—Debe de dormir, porque ya Lucía se acostó.

Cuando Leandro estuvo en su aposento dispuso que le dejaran solo.

Necesitaba reflexionar sobre la nueva y extraña situación, dando después algún reposo a su espíritu y algún descanso a su cuerpo.

Otra vez hizo suposiciones, recordó antecedentes, y dedujo que en el misterio de la vida de su madre había algo que estaba en relación con Querubín.

La importancia de estas deducciones se comprende con facilidad.

¿Sufría mucho Leandro ?

No tenemos que decir que sí.

¿Qué era lo que más le atormentaba ?

La desgracia inmensa de su madre, a quien desde aquel momento amaba más.

Tenía el joven demasiado talento para no comprender la situación horrible de la condesa.

No; ésta no era digna de castigo, sino de lástima, y digna de consideración hubiera sido para cuántos conociesen la circunstancia de aquella historia oculta y misteriosa.

Ya no quería Leandro que su madre le revelara el secreto, porque eso hubiera sido obligarla a que confesara su debilidad ante su hijo.

—¡Pobre madre mía!—exclamó el joven con voz ahogada.

Después de todas estas reflexiones no le fue imposible adivinar los medios de que el comendador se había valido para obligar a la condesa.

Cuando pensó en esto cambiaron los sentimientos de Leandro, que dijo:

—Ante todo necesito averiguar si don Pedro conoce el secreto de la desgracia de mi madre, en cuyo caso será

preciso hacerle callar, aunque para ello me vea obligado a arrancarle la lengua.

Ni una palabra podía decir a nadie sobre este asunto, y, por consiguiente, no tenía el joven el consuelo del desahogo.

Tampoco podía pedir auxilio a nadie, pues hubiera necesitado, para hacerlo así, revelar el secreto y publicar la deshonra de su madre infeliz.

Tenía que luchar solo, enteramente solo, y al mismo tiempo tenía que continuar la otra lucha para salvar a Consuelo y para realizar sus amorosas aspiraciones.

Eran las tres de la madrugada cuando Leandro se acostó.

Muy difícilmente pudo conciliar el sueño, que fue agitado y no reparó sus fuerzas.

A las siete se levantó, vistiéndose sin la ayuda de sus criados.

Llamó y dijo a Pedro.

—Me avisaréis apenas la señora condesa deje el lecho.

Perico fue a ponerse de acuerdo con Lucía, y después de comunicarle la orden, le dijo:

—¿Qué nuevo enredo se nos viene encima? Ya sabéis que mi noble señor me ha confiado todos sus secretos, así como la señora condesa tiene en vos la más ciega confianza; pero es el caso que no entiendo lo que pasa desde anoche, y me pone en grandísimo cuidado ver meditando y triste a mi señor.

—¿Adónde fuisteis?

—A ver al señor de Guevara y a su hijo.

—¿Y qué sucedió allí?

—No lo sé ni puedo deciros más sino que tenían visita y parecían muy agitados.

—¿Quién estaba allí?

—Hermosa Lucía, sois demasiado curiosa. Con mucho gusto satisfaría yo vuestra curiosidad; pero no vi a la

persona que allí se encontraba: lo único que sé es que el señor don Leandro salió muy triste y que hoy está pálido como un difunto.

—Pues yo tampoco lo entiendo.

—Cosas de mucha importancia han sucedido; pero más graves han de suceder: el tiempo dirá si me equivoco.

Lucía, dando una prueba de su discreción, se concretó a suspirar.

—¿Tardará en levantarse la señora condesa?—preguntó Perico.

—Creo que no, aunque también ha pasado mala noche.

—Lo cual quiere decir que la madre, lo mismo que el hijo...

—Sufren, y nada más...

Pusieron fin a la conversación.

Ambos eran curiosos, pero leales.

Separáronse. Media hora después la doncella buscaba a Perico, diciéndole:

—La señora condesa se ha levantado.

—¿Le habéis dicho que mi señor don Leandro desea verla?

—Se lo he dicho, y aguarda.

Fue el sirviente a la cámara de su señor, participándole que ya podía recibirle la condesa.

—Pues escucha—dijo Leandro.

—Ya escucho, señor.

—Tal vez mientras hablo con mi madre vengan el señor de Guevara o el señor Querubín.

—¿Y qué debo decirles?

—Los harás entrar en este aposento y les rogarás que esperen.

—¿Pueden saber que estáis ocupado en hablar con la señora condesa?

—No hay ningún inconveniente.

- ¿Y si me mandan que os avise ?
—No lo harás.
—Comprendo.
—Sitúate cerca de la escalera, para evitar que cualquiera de tus compañeros reciba a mis amigos.
—Descuide vuestra señoría.
Salió el joven de su habitación.
Pocos momentos después entraba en la de su madre.

CAPITULO LXXVIII

Leandro acabó de convencerse

El aspecto de la condesa no debía llamar la atención de nadie, puesto que acostumbrados estaban todos a verla pálida y triste; pero la mirada escudriñadora de su hijo encontró algo extraordinario e inexplicable en la profunda mirada de su madre infeliz.

Hizo grandes esfuerzos Leandro para dominarse y ocultar lo que sentía, pues sólo disimulando podía salir de dudas.

Desplegó el joven una dulce sonrisa, saludó cariñosamente a la condesa, y le preguntó:

—¿Habéis descansado, mi querida madre ? ¿Es satisfactorio el estado de vuestra salud ?

Ella también sonrió melancólicamente, y respondió:

—Estoy bien, hijo mío; muy bien.

—He sentido temores...

—¿Y por qué ?

—Cualquiera que fuese el asunto que anoche os ocupó...

—Ya te dije que mis pesares habían encontrado algún consuelo.

—Entonces, la noche fue afortunada para las personas a quienes amo.

—No te comprendo.

—Pues voy a daros a conocer un suceso muy grave,

de muchísima importancia, y cuyas consecuencias Dios sabe las que pueden ser.

—¡Me pones en cuidado, hijo mío!

—Debéis alegraros.

—¡Explícate!—repuso la condesa esforzándose más y más para dominarse.

—Debéis de recordar lo que mi padre dijo aquella mañana inolvidable respecto a Querubín.

—No recuerdo... ¿A qué día te refieres ?

—Cuando sacamos a María del convento.

—¡Ah!—exclamó la condesa, en tanto que su corazón latía violentamente.

—Razón tenía mi padre al asegurar que no era Querubín hijo del señor de Guevara.

—¡Leandro!...

—Y recuerdo también que vos, mostrando grandísimo interés en ese asunto...

—Era natural, porque... ese mancebo, cuyo noble corazón... ¡Prosigue, que tus palabras han despertado mi curiosidad!

La voz insegura, la ansiedad que se pintaba en los ojos de la condesa, fueron para Leandro una prueba más de que no se equivocaba en sus deducciones.

—No—dijo—; Querubín no debe el ser al señor de Guevara.

—¿Al fin te han confiado ese secreto ?

—Fui a visitarlos anoche, queriendo distraerme con su conversación.

—¿Y cómo hablaron de lo que tanto empeño tenían en callar ?

—No estaban solos.

—¿Y qué deduces de eso ?

—Pocos minutos antes que yo había ido a visitarlos un caballero con quien no tienen relaciones de amistad; lo cual, como era consiguiente, llamó mi atención.

—Sí; a semejante hora...

—¿No adivináis quién era ?

—¡Es imposible adivinarlo!

Fijó Leandro una mirada penetrante en su madre y dijo:

—Don Juan de Monzón.

Lívido se tornó el rostro de la condesa.

La infeliz se estremeció violentamente.

Quiso hablar, y no pudo.

—¿Qué os sucede, madre mía ?

—¡Nada, nada!

—Tembláis...

—¡Leandro, no puedes ignorar lo que sabe todo el mundo!

—¿Yo ?

—El nombre que has pronunciado despierta en mí recuerdos demasiado tristes de mi primera juventud; y si conocieses con detalles la historia de mi vida...

—¡Perdonad!

—Repito que todo el mundo sabe que amé a don Juan de Monzón, y que si me casé con el que es tu padre, fue para obedecer la inflexible voluntad del mío, como tú estabas dispuesto a casarte con la hija del comendador para obedecer a tu pobre madre. Pero, aunque contrariada en mis sentimientos, he sabido cumplir mis deberes; ¡te lo juro!...

—¿Quién lo pone en duda ?

—Si esos recuerdos agitan mi alma...

—Madre mía, aun cuando hubieseis sido débil, vuestro hijo...

—¡No! —interrumpió vivamente la condesa—. ¡No puedo ser débil, como otras mujeres lo son! ¡No puedo ser débil faltando a mi deber de esposa!

—Ya lo sé.

—Si la muerte me arrebatara al esposo a quien respeto,

una vez libre, tal vez en momentos fatales y trastornada por una pasión... ¡Oh!... ¡No acierto a explicarme!...

—Comprendo bien; y aun cuando no comprendiese, esa explicación sería completamente inútil.

—Tal vez.

—Siento haberos hecho sufrir.

—¡No, no!

—Pero como no puedo deciros lo que pasa sin pronunciar el nombre del señor de Monzón...

—Lo que pasa quiero saberlo, porque me interesa la suerte de Querubín.

—Pues bien; como decía, me encontré con que el señor de Guevara y don Juan conferenciaban secretamente, mientras que Querubín hacía comentarios sobre aquella conferencia.

—Todo eso es extraño.

—Esperé en el dormitorio del mancebo, y luego se presentó el señor de Guevara queriendo excusarse, aunque sin acertar a hacerlo. Estaba muy agitado. Quise irme para dejarlos en completa libertad; me detuvieron, y al fin entré donde el señor de Monzón estaba.

—Tú no eres amigo de don Juan.

—Ni puedo serlo, porque ya sabéis que hace la vida de un cartujo.

—Continúa.

—Habló el señor de Guevara de haber encontrado ya al padre de Querubín, y después de una escena violenta y conmovedora, resultó que su padre...

—¡Es don Juan!

—Sí.

—¡Bendito sea Dios!

—Abrazáronse, y de sus ojos se escaparon lágrimas de ternura, en tanto que don Godofredo lloraba también y se desesperaba.

—¿Por qué?

—Le arrebatan su única afección; le separan de Querubín.

—¡Noble corazón tiene el señor de Guevara!

—Con afán angustioso preguntó Querubín por su madre.

—¿Y qué respondió don Juan?

—Se concretó á decir que la desgraciada madre vive y que nunca ha sido débil, aunque las apariencias la condenan.

—Pero...

—Nada más.

—¿Y quedó satisfecho Querubín?

—No; pero tuvo que resignarse, porque así se lo mandó su padre con cierta severidad.

—¡Otro misterio!

—Sí; otro misterio que me ha hecho cavilar mucho.

—¿Y qué te importa?

—No es posible mirar con indiferencia ese asunto.

—Ciertamente.

—Sin embargo, estoy decidido a respetar ese secreto, porque es el de la honra de una dama.

—Así cumplirás tu deber de buen caballero.

—Aunque ocultando siempre el nombre de la madre, don Juan de Monzón reconocerá solemnemente a su hijo.

—Y cuando haya cambiado la situación de Querubín...

—Algo más fácil será que don Pedro de Saavedra le otorgue la mano de su hija.

—Sí, algo más fácil; pero...

—¿No esperáis que suceda así?

—No.

—Siendo Querubín noble y rico...

—No lo bastante para satisfacer las ambiciones del comendador, que no ha de transigir con la circunstancia de que sea ilegítima la existencia del mancebo.

—Todo eso se arreglará fácilmente.

—Hay, además, la cuestión de amor propio; pues, una vez principiada la lucha, y llegadas las cosas a cierto punto, don Pedro consentirá morir antes que declararse vencido.

—Pero entonces vos...

—No cambiaré de conducta.

—¡Madre mía!...

—Protegeré a Querubín, pero ocultamente, pues en la apariencia seguiré obligándote a que te cases con su hija, y mucho temo que así llegue a suceder algún día.

Fijó Leandro una mirada de profunda extrañeza en su madre.

—Sí—añadió ésta—; sucederá, porque sólo así puede evitarse lo que ni siquiera concebir puedes.

—¡Oh!

—No hablemos más de este asunto, porque siempre hemos de venir a parar al misterio de mi vida; y como no puedo darte el misterio a conocer...

—No es preciso que lo hagáis así para protegerme.

—De mi protección y buenos deseos no puedes dudar, pues ya has visto que, aun a riesgo de compromisos muy graves, he tomado parte activa en la lucha, y tal vez sin mi auxilio no os hubiera sido posible ocultar a la hija del comendador.

—¿Y de qué han de servirme esos sacrificios si luego me pedís que con la hija del comendador me case, rogándomelo en nombre de vuestro reposo, de vuestra dicha?

—He querido ganar tiempo, alentando la esperanza de que con el tiempo me favorezca alguna circunstancia imprevista, pues nadie sabe lo que puede suceder.

—Pero la situación es insostenible muchos días.

—Haré cuanto me sea posible, y, al menos, tranquilizaré mi conciencia.

—Está bien.

—Ahora debemos meditar muy detenidamente hasta convencernos de si conviene que el comendador sepa que el amante de su hija es Querubín.

—Dudo.

—Yø también.

—Supongo que hoy vendrá Querubín a visitaros para daros a conocer su nueva situación, y entonces podréis discurrir y determinar lo que más acertado os parezca.

A pesar de todos los esfuerzos de la condesa, habíase revelado su agitación, sin que le fuera posible ocultar el efecto que le producía el nombre de Querubín y de don Juan de Monzón. No era esto una prueba incontestable; pero era mucho para Leandro, que decía para sí:

—Si mis sospechas no son acertadas, ¿por qué mi madre se conmueve tanto, se agita y se turba al oír hablar de Querubín? ¿Por qué aquella mañana palideció y estuvo a punto de perder el conocimiento, y por qué luego quiso preguntarme y no se atrevió? Natural es que le interese la suerte de esa criatura, porque a mí me interesa también; pero no a tal extremo que sienta lo que siente y haga lo que hace.

Continuaron largo rato la conversación, siguió el joven observando, y al fin se separó de su madre, decidido a continuar sus averiguaciones.

Cuando la condesa quedó soia, dio expansión a sus sentimientos, pronunciando frases de inmensa ternura.

Volvió Leandro a su aposento.

Diez minutos después se le presentó Perico diciéndole:

—Acaba de llegar el señor Querubín.

—¡Que entre, que entre!

—Desea también saludar a la señora condesa.

—¡Dile que antes quiero darle un abrazo!

zón que estaba enfermo, ni la condesa, saben nada, aunque lo buscan con ansiedad. Por eso don Juan se retira a su palacio. La condesa vive, amargada, con el conde.

El comendador don Pedro de Saavedra tiene una hija, María, a la que quiere casar con Leandro Sandoval; pero éste ama a Consuelo, hija de una pobre señora paralítica, doña Mariana, que no puede pronunciar ni decir el nombre del padre de Consuelo. Esta madre y su hija viven cerca del sastre Policarpo. Godofredo de Guevara, arruinado, tiene recogido al joven Querubín, que no sabe quiénes son sus padres, porque fue recogido de manos de una mujer que se murió. Querubín, que es el personaje más importante de la obra, y María, la hija del comendador, se aman en secreto.

Don Pedro sabe el secreto de don Juan y la condesa. porque se lo oyó a Monzón cuando estaba grave; y cuando ve que la condesa apoya a su hijo para casarle con Consuelo, la amenaza con descubrirla; en cambio, si le ayuda, la ofrece encontrar el paradero de su hijo. ¡Pobre condesa, puesta entre perder su honor de esposa o sacrificar su corazón de madre! Por eso aconseja a su hijo la boda con María.

El comendador don Pedro, su criado Andrés y el conde de Rocanegra se alían innoblemente, porque Rocanegra quiere tener amores con Consuelo. Asimismo la condesa, Guevara, Querubín y Leandro se alían para defender la situación de los amores de éstos.

El comendador mete a su hija en un convento y de allí la rapta Querubín.

La condesa descubre que Querubín es el hijo que tuvo con don Juan de Monzón. Cuenta a Monzón lo que ocurre y éste se alía con ellos.

COLECCIÓN ENIGMA



NOVELAS DE EMOCIÓN Y DE MISTERIO



TÍTULOS PUBLICADOS EN LA 1.ª SERIE

1	L. Céline	Estados	31	L. Céline	El condenado por el odio
2		El hombre por castillo	32		Resistencia en París
3		«Por ahí»	33	L. Céline	El castigo del espíritu
4		La esposa de una mujer	34		El auto-impuesto
5		La conciencia del Destino	35	Guillaume	El espíritu legítimo del hombre
6		El hombre de Man-Wang	36		Los errores de Proust y la literatura
7		Ulrich Müller	37		La mujer del destino
8	Guillaume	Los años del	38		La guerra
9	L. Céline	Bibi, libro I	39		El espíritu del hombre
40		II	40		El espíritu del hombre

PRECIO DE CADA TÍTULO EN NOVELA

200 Ptas. (10)

DE VENTA EN LIBRERÍAS Y KIOSCOS